

CARTA ABIERTA

A MI VAGINA

En primer lugar, lo siento. En segundo, de nada.

Sé que te las he hecho pasar canutas. Desconocidas te han echado cera caliente por encima y te han arrancado los pelos. Algunas te han quemado, a pesar de que les dije que tienes la piel muy sensible. De todas formas, es culpa mía, por ir a un sitio de aspecto turbio de Astoria, Queens, que parecía un punto de venta de droga. Soy responsable de que hayas cogido hongos e infecciones de orina y de haber llevado pantis y fajas demasiado tiempo, a sabiendas de que te podían causar problemas. Y quiero pedirte disculpas por Lance, el del equipo de *lacrosse*, que te trató con el dedo como si le debieras pasta. Fue una mierda y entiendo perfectamente que te cabrearas. Sin embargo, también has recibido muchas visitas chulas, ¿no? ¿Eh? Reconocerás que lo hemos pasado bien. Incluso luché por poder usar la palabra «coño» en televisión, que sé que te gusta más.

La verdad es que con la edad me he esforzado por que solo te visitara gente que fuera amable contigo, y siento que he velado por tu salud. Sé que a veces dejo que entre gente sin condón, pero en mi defensa debo decir que así me gusta más y que solo era gente con la que salía y en la que confiaba. Bueno, la mayoría. En cualquier caso, hemos tenido suerte, ¿no?

También siento la vez que lo hice con un novio nuevo y luego no encontrábamos el condón. Tres días después me di cuenta de que lo

llevaba dentro y tuve que «empujar», como dicen, y sacarlo con los dedos. Debió de ser un incordio. ¿O quizá fue divertido tener visita tanto tiempo? En cualquier caso, ¡fue culpa mía!

¿Qué me dices? ¿Nos tomamos una birra? Vale, nada de esas artesanales con hongos. Pero invitas tú.

MI ÚNICO ROLLO

DE UNA NOCHE

Solo he tenido un rollo de una noche en mi vida. Sí, uno. Ya lo sé, siento mucho decepcionar a los que creen que voy por la vida con un margarita en una mano y un consolador en la otra. Quizás el malentendido se deba a que en el escenario junto todos los recuerdos sexuales más alocados y horribles que tengo, que en total suman unas fabulosas cinco experiencias a lo largo de treinta y cinco años. Si los oyes todos seguidos, mi vagina debe de parecer una puerta giratoria de un centro comercial en Navidad. Pero si a veces saco a colación pequeños percances es porque no es divertido ni interesante oír hablar de una vida sexual sana y rutinaria. Imagina que subo al escenario y digo: «Anoche me metí en la cama con mi novio, nos dimos un abrazo lleno de afecto y comprensión, y luego me hizo el amor con dulzura». El público se iría y yo me iría con él.

Además, incluso yo a veces confundo mi personaje sexual en el escenario con mi yo razonable y sensible de la vida real. En ocasiones intento convencerme de que puedo tener relaciones sexuales sin emociones, como esas de las que siempre oigo hablar a los hombres y a Samantha de *Sexo en Nueva York*. Y tengo mis momentos, pero el 99,9% del tiempo no soy así. Nunca me he enrollado con un tío después de un espectáculo. ¿A que es triste? Hace doce años que voy de gira y ni una sola vez he conocido a un tío después de una actuación, me lo he llevado a casa y me he liado con él. Nada. Conozco a

algunos humoristas hombres que dicen que nunca se han acostado con ninguna mujer que no les haya visto actuar antes. Es justo lo contrario que yo. Yo no estoy en esto por las pollas. Me gusta el sexo lo normal, y casi siempre lo hago con alguien con quien salgo. Me tumbo ahí, en la postura del bebé feliz, y emito sonidos de estar pasándolo bien. Cuando no tengo pareja y aparecen los posibles rollos de una noche, suelo seguir siendo una chavala bastante precavida, y el pensamiento de una polla misteriosa metiéndose dentro de mí no me excita. Bueno, excepto una vez...

Estaba de gira, viajando entre dos ciudades horrorosas, Fayetteville, en Carolina del Norte, y Tampa, en Florida. No me da miedo escribir esto y que sus habitantes se enfaden, porque sé seguro que nadie que viva allí se ha leído un libro en su vida. Es broma, es broma, es broma. Bueno, no tanto. Cuando viajas entre dos ciudades como estas, disfrutas del placer de volar en el autobús escolar para discapacitados más diminuto del cielo, que, por algún motivo, sigue llamándose «avión». Tienes que agacharte para entrar, oyes las hélices durante todo el vuelo y también, apenas perceptible, a alguien cantando «la la la la bamba», aunque esperas que esto último solo se oiga en tu cabeza.

Era temprano y estaba de resaca. Como he dicho, ya había actuado en Fayetteville y allí no hay nada que hacer después, solo beber hasta que se te cierran los ojos. Fui al aeropuerto como suelo ir: sin maquillaje ni sujetador, en pantalón de chándal y camiseta y con zapato plano. Yo por las mañanas no estoy divina. De hecho, diría que soy igualita a Beetlejuice, el personaje de Michael Keaton, no el colaborador de Howard Stern. Disfrutaba de una época preciosa de mi vida en la que nadie me hacía fotos, a no ser que yo me colara adrede en alguna. No era más que una chica maravillosa de treinta y un años que abría y cerraba la boca y se daba cuenta de que se le había olvidado cepillarse los dientes (en realidad no era tanto que se me hubiese olvidado como que me había dejado el cepillo de dientes en Charleston y no se me había ocurrido comprarme uno en Carolina del Norte). Yo, para saber si la noche anterior he bebido demasiado, compruebo si tengo los dientes manchados de vino y suficiente perfilador espar-

cido por debajo de los ojos como para parecer un jugador de los New England Patriots. El caso es que aquella mañana tenía un aspecto atroz y olía a curri, y si alguien me hubiese echado un dólar en la taza de café pensando que era una sin techo, habría pensado «ya te digo».

Llegué al control de seguridad del aeropuerto y allí estaba él: un robusto rubio fresa de casi 1,90 y unos treinta y cinco años. Me di mi primer beso con un pelirrojo, por lo que siempre he sentido debilidad por ellos. Era el hombre más guapo que había visto en mi vida, y me excité enseguida, con solo mirarlo. Breve nota al margen: ¡Eso nunca pasa, joder! Todos los días, los hombres miran a las mujeres andar con sus faldas o vaqueros ajustados y tienen pequeñas erecciones, o al menos sienten cierta excitación sexual, pero para una mujer es muy poco habitual ver a un tío y pensar «jo-der». Le di un buen repaso, intentando buscar la parte de él que no fuera Gastón de *La bella y la bestia*, pero nada. Solo le faltaba la coleta y el lazo en dicha coleta.

Suspiré de forma audible y, antes de pasar por el detector de metales, me miró. Toda la sangre se me fue a la vagina y le sonreí justo antes de recordar que en aquel momento me parecía a Bruce Vilanch. (Los que no sepáis quién es y os dé demasiada pereza buscarlo en Google, imaginaos una lechuza con peluca rubia.) Pasé el control de seguridad, me dirigí a mi puerta de embarque y... ¡pum! Allí estaba otra vez, más buenorro que antes. Llevaba una camiseta de manga larga y cuello redondo lo suficiente ajustada al pecho para saber de qué estábamos hablando. Era evidente que debajo de su camiseta era un lugar en el que te gustaría apoyar la mejilla y aspirar todas sus feromonas hasta que te cogiera como Marlon Brando en *Un tranvía llamado deseo* o Ryan Gosling en... ¡lo que seaaaaaaaaaaa!

Fui corriendo al baño a buscar maquillaje en el bolso, que en realidad es un pozo sin fondo cuando necesito algo (y en cualquier otra ocasión). No miento si digo que mi bolso tiene todo lo necesario para ser un nido de avestruz. Jamás contestaré uno de esos cuestionarios de revistas de famosos sobre «qué llevas en el bolso», porque la gente vería el despliegue de sorpresas divertidas y desagradables que contiene y seguramente pensaría que necesito tratamiento psiquiátrico. Encontré un poco de colorete e hidratante de labios y pensé «perfecto,

no necesito más para pasar de ser un dos a un cuatro». Me miré en el espejo, vi la mancha roja que me había hecho y me reí de mí misma. A la mierda. Me arremangué el pantalón de chándal hasta media pantorrilla mientras pensaba: «Voy a resaltar mi punto fuerte». Me cepillé los dientes con un dedo y me eché agua por encima. Salí como si estuviera en una pasarela y pasé por su lado como flotando. En aquella terminal no me miró en ningún momento, ni por un solo segundo.

Me compré chicles y una revista con Jennifer Aniston en la portada y embarqué, derrotada. Fui hasta mi diminuto asiento de ventanilla y empecé a leer que Jennifer se moriría sola y que no era justo, y ahí estaba de nuevo, subiendo al avión. Cogió el pasillo y lo miré, con esos brazos que sobresalían y esas manos enormes agarrando con fuerza su bolsa mientras avanzaba entre los asientos. Entonces pensé: «Quizá cuando pase junto a mí puedo fingir un estornudo y caer al suelo delante de él. Así, tropezará y se caerá dentro de mí». Entonces vi que miraba el asiento junto al mío.

«No, es imposible que se siente a mi lado», pensé. No, no, no. Pero ¡sí! «Juego, set y partido, joder. ¡Vámonos!»

Jamás de los jamases hablo con gente en los aviones. Es una lotería que ha dado como resultado, por ejemplo, que James Toback (buscadlo en Google) me dijera, antes incluso de despegar, «no conoces a una mujer de verdad hasta que le has comido el culo» o que una mujer me enseñara, durante tres horas, fotos de su pájaro muerto. De todas formas, en aquel vuelo me dirigí a él.

—Hola, me llamo Amy.

Él sonrió, lo que me permitió ver un diminuto hueco entre los dientes delanteros. Lo que más me gusta de un hombre es ese hueco.

—Hola, yo me llamo Sam —dijo con acento inglés.

Enseguida supe que estaba en la versión británica de los marines y que solo pasaría unos pocos días en la ciudad. Joder, no podía con la situación. Era demasiado. Me sentí poseída y perdí todo el control sobre la voz, como Sigourney Weaver al final de *Los cazafantasmas*. Estaba en celo, como dicen. ¿Quién lo dice? No lo sé. Calla y sigue leyendo sobre cómo me empotra este superhéroe británico. Despegamos y fingí que volar me daba muchísimo miedo. No había ni

media turbulencia, pero, con todo, encontré motivos para cogerlo del brazo y esconder la cara en su hombro, inhalando su olor. Me echaba encima de él con descaro y los dos nos reímos de lo agresiva que estaba. Mi clítoris golpeteaba como el corazón delator de Poe y no podía parar de pensar en la canción de 98 Degrees «Give Me Just One Night (Una Noche)». A pesar de que era ya un poco famosa, él no había oído hablar de mí, lo que era otra gran ventaja. Le dije que aquella noche actuaba y que quizá podíamos vernos después. Intercambiamos los correos electrónicos y recé a todos los dioses para que así fuera.

He estado un par de veces más en este tipo de situación, en la que podría haber tenido un rollo de una noche y, al final, no pude. En una o dos ocasiones, mi instinto me dijo que no. No me parecía seguro. De todas formas, casi siempre lo he descartado por pura vagancia. Pensaría en cosas prácticas como «¿cuándo puedo irme a comer pasta?»; «no estamos saliendo, así que no puedo hacer cosas cotidianas como lavarme los dientes y la cara y ponerme el antifaz para dormir y los tapones»; «en teoría tiene que ser apasionado y excitante, pero yo por la mañana parezco una Shrek rubia»; «¿qué pasará al día siguiente?, ¿qué nos diremos?, ¿le pediré un Uber?», «¿y si dice algo hiriente o intenta hacerlo otra vez por la mañana, cuando los dos sabemos que el chocho me huele como si fuera un bol de ramen?». Soy demasiado práctica y perezosa para rollos de una noche. Me planteo las consecuencias y ya no bebo como cuando iba a la universidad.

Dicho lo cual, lo de Sam era otra cosa. Me ponía a cien y fantaseaba con él. Incluso el acento lo hacía parecer irreal. Que volviera a su país poco después del alba al día siguiente no era ningún inconveniente. Tras separarnos en el aeropuerto, fui a hacer mi espectáculo y no pude evitar contener la respiración todo el rato a la espera de saber algo de él. Por supuesto, cuando acabé de actuar, tenía un email suyo en el que me preguntaba cómo había ido. Bromeé con que me habían descubierto y que iba a triunfar en aquel mundo.

ME CONTESTÓ: «¿Quién te ha descubierto?».

YO ESCRIBÍ: «Un mago. Seré su ayudante».

ÉL ESCRIBIÓ: «¿Te partirá en dos con una sierra?».

LE CONTESTÉ: «Esperaba que me partieras tú».

¡PUM! Es el comentario sexual más agresivo, y veraz, que he escrito en mi vida. Y funcionó.

Quedamos en que nos veríamos en la discoteca que había en el vestíbulo de mi hotel. Nos tomamos media cerveza, bailamos al son de Ice Cube diciéndonos que podíamos si nos dejábamos la piel en ello¹ y nos fuimos. Andar por aquel vestíbulo, tan luminoso, y meternos en el ascensor, con su luz tenue, fue un baño de realismo para la aventura erótica que los dos intentábamos tener. Los pensamientos que me cruzaban la mente en el ascensor eran los siguientes: «Fóllame, fóllame, fóllame, fóllame».

En aquella época de mi vida necesitaba sin duda fortalecer mi autoestima en el ámbito sexual. Acababa de saber que un tío del que había estado enamorada y con el que había salido era gay. Aunque había pasado tiempo desde nuestra relación, que me lo confesara me rompió igualmente el corazón. Aquello hizo que empezara a preguntarme cosas. A la persona que me había hecho sentir guapa y sexy durante tanto tiempo le atraían los hombres. Pensaba: «¿Soy como un hombre?». A medida que te haces mayor y más sabia, ganas confianza por ti misma, no por la persona con la que tienes relaciones sexuales. De todas formas, saber en aquel momento de mi vida que alguien con quien había salido era gay me hacía sufrir. Tenía problemas para sentirme un ser sexual y me cuestionaba mi valía.

Entra Sam, un hombre guapo de ensueño que quería ayudar a Stella a recuperar la marcha². El ascensor que tenía que llevarnos a mi habitación no era lo suficiente rápido.

Llegamos a mi habitación, de aspecto muy empresarial, y no perdimos el tiempo.

Solté el bolso, nos quedamos en ropa interior y nos metimos en la cama. No había dudas sobre lo que hacíamos allí. Los dos teníamos el mismo objetivo en mente: devorarnos el uno al otro. Puaj, lo sé, perdona, pero es que es cierto. Todo iba muy bien. Besarle estaba muy

1. Hace referencia a la canción de Ice Cube «You Can Do It», que empieza con la frase «*You can do it. Put your back into it*», que, traducida, significa «Tú puedes. Déjate la piel en ello». [N. de la T.]

2. Referencia a la película *Cómo Stella recuperó la marcha* [N. de la T.]

bien. Su cuerpo estaba muy bien. No nos cortamos. Ahora no puedo ponerme en plan *Cincuenta sombras* y escribir un párrafo sensual, así que te contaré algunos hechos. Los dos estábamos muy generosos (nos lo comimos todo). A los dos nos parecía increíble lo que pasaba (nos corrimos como locos). Él era muy agradecido y estaba muy excitado (incluso en un momento chocamos los cinco). Fue increíble (el sexo, no chocar los cinco). Después de la depresión que me produjo descubrir que a un tío con el que lo había hecho mucho le atraían los hombres, me pareció increíble que ese ser celestial me cogiera entre sus brazos y me hiciera sentir deseada y guapa, ambas cosas. El sexo fue perfecto. Él era perfecto. Estábamos los dos extasiados y disfrutábamos y degustábamos cada olor, sonido y roce.

Cuando por fin acabamos, le dije que había sido un placer conocerlo y que le deseaba suerte en la vida. No se podía creer que no quisiera que se quedara. Le costaba tanto creérselo que se quedó y lo hicimos al menos tres veces más, con descansitos afectuosos en los que nos contábamos historias, nos reíamos y nos cogíamos.

Al final le dije que debía irse. Por lo visto, yo no tenía problemas por hacerlo con un desconocido, pero dormir junto a él era ya demasiado íntimo. Intentó hacer planes para el futuro, pero le hice saber que no quería que nos viéramos más. Le dije que había sido perfecto y que no volvería a tener un rollo de una noche porque no habría color. Nos dimos un beso de despedida y me acosté con una sonrisa enorme en la cara y pensando «gracias».

Me doy cuenta de que una de las mejores noches de mi vida fue la del rollo de una noche en Tampa, Florida. Sin embargo, me sentí como Marlene Dietrich en *Marruecos*. Que quede constancia de que no propongo que la gente se limite a tener un único rollo de una noche. Qué va, qué va, al contrario, a algunos de nosotros nos iría mejor si solo tuviéramos rollos de una noche el resto de nuestras vidas. De todas formas, a mí este encuentro me cayó del cielo en un momento en que no me sentía muy atractiva ante los hombres, o muy sexual en general. Quería reafirmarme y una noche de sexo inesperado con un británico pelirrojo y cachas fue la azitromicina que necesitaba para deshacerme de la mucosidad que quedaba (¿Hay alguna metáfora

menos sexy? No. Además, tengo la sensación de que el antibiótico nunca funciona.)

Todos sabemos que los rollos de una noche no son panaceas para los corazones rotos y la autoestima baja. Se pueden volver en tu contra, los cabrones. Todos hemos probado algún tipo de remedio a través del sexo y hemos acabado sintiéndonos incluso más solos y volviendo con el caraculo de turno que por fin habíamos logrado dejar. Pero a veces, un rollo de una noche puede resolver un problema concreto. Y lo que es mejor: a veces, cuando intentas resolver un problema con sexo, descubres que el sexo vale la pena por sí solo. No hay ninguna lección que aprender. No hay orden del día, solo pasarlo bien. Y, a veces, un montón de orgasmos bien merecidos de un tío que te mira como si fueras un almuerzo justo cuando lo necesitas que te cagas es lo que mejor sienta. ¿Podemos establecer el Día Nacional de los Pelirrojos? Este hombre se merece un desfile o algo.

Sam se puso en contacto conmigo un par de veces más estando en los Estados Unidos, pero fui consecuente con mi decisión de querer conservar como algo sagrado lo que, extrañamente, me parecía la noche más pura de mi vida. Y aún lo es.